

Introducción

Al escribir este libro, recuerdo que pensaba en la forma de describir parte de mí, y la experiencia que conozco de otros. Es por eso que creé a un personaje que da vida a lo que pienso, escucho, veo y además comparto con otras personas. Siempre quise mostrar algo de mí, sin tener que expresarlo con palabras; parecía imposible, pero creo que aquí está. Aparte de eso, quería mostrar no solo a conocidos, o venezolanos lo que vivimos, puesto claro, que nosotros ya lo sabemos, lo vivimos a diario... pero otros no conocen lo que somos, pensamos, nuestra perspectiva del mundo, y no con esto quiero “englobar” al conglomerado venezolano puesto que cada vida es un mundo, pero en algo nos asemejamos unos a otros. Es por eso que en cada experiencia, en cada sentir, en cada palabra diferente a la que el resto del mundo no comprende porque somos los venezolanos los que decimos esa palabra como “naguará”, “conchale”, “chévere”, o “chamo”, entre otras. Quiero que las personas nos entiendan, sepan lo que vivimos, en lo que se parecen a nosotros, y en qué se diferencian de nosotros. Que compartan lo que somos y hacemos desde la lectura de un libro.

La experiencia de escribir un libro, es única, emocionante, y algo similar al aprendizaje de un instrumento musical. Desde mi experiencia de músico, y el proceso de escritura del libro me ví en algunas características que se parecían (o al menos bajo mi experiencia). Algunas de ellas como lo frustrante de tener todo allí en tu mente, pero a la hora de plasmarlo en un instrumento; o en una hoja en el caso del libro, es bastante frustrante no saber

cómo hacerlo. Hasta que encuentras el punto de conexión que necesitas del inicio con el desarrollo, y todo fluye de manera muy natural, como si ya todo hubiese sido previsto. El que te ve desde la distancia, piensa que ya todo estuvo fríamente calculado, el que entra en tu mente sabe que no fue una tarea fácil darle un inicio, o conectar algunas cosas en medio de todo el desarrollo, y aún más difícil, tener un final memorable que a todos guste. Yo espero que puedas disfrutarlo, aprender, y conectarte con lo que escribí así seas venezolano, argentino, colombiano, español, estadounidense, o un alienígena como los de history channel.

Saludos y bendiciones.

Luis Heredia.

“La música es un lenguaje.

*En algunos casos la música es mejor que la palabra hablada,
porque no es necesario entenderla para que cause un efecto.”*

Victor Wooten

Prólogo

Dicen que tu vida entera pasa delante de tus ojos cuando estás a punto de morir, pero no es la única ocasión donde puede ocurrir. También puede pasar cuando otro frente a ti está por sucederle algo, o cuando; como en mi caso, estás a punto de tomar una decisión de mucha importancia.

- No lo hagas, no lo hagas.- Me decía a mí mismo en el transcurso del camino rumbo al aeropuerto, tomar una decisión tan apresurada basándome en mis emociones no era exactamente algo lógico en mí.- Esto no está bien... ¿qué demonios estoy haciendo?- Apretaba con una mano el volante hasta tener los nudillos blancos, con la otra secaba el sudor de mi frente y peinaba mi cabello hacia atrás repetidas veces. El día anterior, con lágrimas en mis ojos tomé una decisión muy difícil, una de la que quizás podría arrepentirme en el futuro. Pero ya había sido tomada, y lo haría. De seguro lo haría.

Al llegar al estacionamiento, me aparqué cerca de un árbol. Le daría sombra a este viejo cacharro, hasta que alguna grúa se lo llevara, u Omar viniera a buscarlo. No me importaba. Solo quería hacer lo que debía hacer.

Pegué la frente del volante y comencé a llorar de nuevo, quería hacerlo, y sentía por dentro de mí ese fuego aun avivado. Pero el miedo se cernía sobre mí, y quería hacerme regresar. *¿Qué dirán cuando me vean? ¿Seguirán allí? Quizá no me reciban... tienen derecho a no hacerlo. Pero ¿y si lo hacen? ¿Qué les diré? ¿Qué le diré a ella?*

Un millón de preguntas venían a mi cabeza mientras estaba pegado al volante y las mejillas brillaban de lágrimas y sudor de excitación, ansiedad y miedo. Levanté la cara y me mire en el espejo retrovisor, me limpie la cara y sorbí por la nariz. Estaba asustado. Realmente lo estaba. Pero había tomado una decisión.

Salí y me puse mis lentes de sol, así ocultaría el enrojecimiento de mis ojos de tanto llorar y evitaría preguntas. Fui a la maleta del auto y saque mi equipaje. Solo un bolso de mano con algo de ropa, algunos objetos personales, y mi flauta. Mi flauta transversa, que me ayudó tanto allá como aquí, y había sido mi fiel compañera hasta el día de hoy.

Guindé mi equipaje en mi hombro, cerré la maleta, miré hacia ambos lados y comencé a caminar hacia la entrada del aeropuerto. Entré, y podía oler aquellos divinos aromas que me dieron la bienvenida una vez, y ahora me despedían. También se mezclaba con aquellos exóticos olores de diferentes naciones, al recibir pasajeros de diferentes lugares del mundo y expresaban esa relación multinacional de diferentes culturas. Siempre amé ese olor. Pero ahora solo añoraba un aroma, quería sentirlo, olerlo y poder inundarme en él como cuando niño. Jamás lo había percibido así, nunca me detuve a sentir aquella sensación que me brindaba esa tierra, a oler aquellos aromas con mayor gusto, y degustar aquellos sabores que se multiplicaban y se podían apreciar de manera más detallada siendo infinitos con cada probada. Debía hacerlo. Sí, no había otra alternativa.

- Vamos, vamos... - Miré el reloj, faltaban 15 minutos para las 6 y 30 de la mañana. Mi vuelo salía a las 10:00 am. Pero debía estar temprano, y quería estar temprano.

Dentro del aeropuerto, pasé por el "Check – in", o la recepción de equipajes para realizar todos los procesos para entrar a esperar mi avión. Luego de pesar mi equipaje, pasar por el

control del pasaporte y realizar el control de seguridad, me retiré con rapidez hacia la zona de espera.

Me senté en una de esas sillas de metal compartidas que se encuentran en la zona de espera, mientras observaba el cartel de información de los vuelos. Ahí estaba el mío. Mientras esperaba, comencé a observar mi alrededor y vi a niños con sus padres en brazos, otros ya despiertos jugando en sus videojuegos o con otros niños. Algunos bostezaban aun de sueño. La mayoría niños de aquí, otros que en base a la decisión de sus padres, comenzarían una nueva vida en este país. Vi a mi izquierda una muchacha de unos 15 años, sentada con algo de descuido en la silla, como no queriendo estar allí.

- Hola... - Pregunté con cautela, necesitaba hablar con alguien. Así fuera una adolescente que no quisiera estar allí. Noté que tenía audífonos en sus oídos, algo ocultos por su cabello negro ondulado, largo hasta su pecho, con su pollina peinada dividida en dos partes dejando su frente descubierta. Volteo a verme por lo que deduje que me había escuchado.

- Hola ¿Qué quieres? – Preguntó sentándose un poco más derecha y quitándose los audífonos de sus orejas. No dijo la frase de manera golpeada, pero me pregunté si realmente quería hablar, o quería que la dejara tranquila.

- Oh, no, no es nada. Solo me preguntaba que te trae por aquí. ¿Andas con tus padres? - Pregunté tratando de parecer un poco interesado en ella.

- Sí, papá quiere ir a casa de la abuela en Granada. Yo no me encuentro muy ansiosa de ir. No me gusta la casa de la abuela. No por tener algo en contra de ellos. Es solo que allí uno nunca puede hacer nada.

- Te entiendo, así era en casa de mi abuela también.- Dije recordando aquellos días en casa de la abuela, cuando nos reuníamos en varias navidades, y algunos domingos del año para compartir juntos. Nos reuníamos los primos y empezábamos a planear travesuras y juegos típicos que veíamos en los chicos mayores.- Pero te diré, llevo poco más de 5 años que no la veo. Y comienzo a extrañar aquello que antes me molestaba.

La chica se vio algo interesada en eso que le dije y me observó cómo pidiendo que hablara un poco más. Sonreí y mire al suelo buscando una idea de cómo comenzar mi relato.

- Verás, no soy de por aquí. Estoy aquí en busca de algo que pensaba que no tenía. Pero la realidad es que, nunca lo busqué. Solo quería salir y ya.

- Pues sí, pude notar que no eres de aquí. Tu manera de hablar te delata.

- Bueno, estuve un tiempo aquí desarrollándome en mi oficio. Soy músico.

- ¿Si? –Dijo con mucha emoción.- ¿Y qué instrumento tocas?

- Bueno, toco la flauta.

- ¿De veras? ¡Vale, que guay! ¿Podrías tocar algo para mí? - Dijo ya más en confianza y viéndome con un brillo en sus ojos.

Pensé por un momento, era algo temprano como para tocar. No quería molestar a nadie. Pero deseaba tocar, realmente anhelaba hacerlo. Así que abrí mi bolso de mano y saqué mi estuche. Puse la bolsa a un lado y me puse el estuche en las piernas. La chica no lo notaba, pero una emoción me recorría todo el cuerpo. Sabía bien que era lo que quería tocar.

- Valeria, ¿qué estás haciendo?- Voltee y un señor de unos cuarenta y tantos años se acercaba viéndome y viendo a la chica. Supuse debía ser su padre.- Disculpe señor si mi hija lo estuvo molestando.

- Oh, no, descuide, solo estábamos conversando. Ella desea que toque algo para ella. Y realmente no es molestia.

Abrí el estuche de la flauta y la observé como refulgía en su color plata. La luz que irradiaba en reflejo de las luces del techo era más brillante que las mismas. La contemplé por un momento, esperando, como si ella misma por si sola pudiera hacer magia. Como si fuese a sonar por si sola y revelaría las más hermosas melodías que yo en mi capacidad limitada quizá no podría hacer brotar de tan majestuoso instrumento. Interrumpiendo su majestuosa presencia, la tomé y saqué de su estuche. La puse en mis labios y la coloqué de lado colocando mis dedos en las perillas de los orificios para cambiar las notas y crear las melodías. Comencé con una de las tonadas de la serie televisiva “el zorro”, aquella que sonaba cuando el fiel compañero del zorro, el sordomudo Bernardo, aparecía.

La chica reconoció la melodía puesto que en seguida comenzó a reír. Me miró y sus ojos me pedían más. Quería que siguiera tocando. Eso solo era una prueba.

Muchos niños comenzaron a congregarse a mi alrededor, expectantes y ansiosos por el sonido de tan maravilloso artefacto. Parecía el flautista del cuento de “El flautista de Hamelín”. Con la diferencia que estaba hipnotizando niños con las melodías que brotaban de la flauta.

- Veamos si reconoces esta...- Dije, luego mojé mis labios y los coloqué con si fuese a decir una “U”, y puse la flauta en mi labio inferior preparando aire para la próxima melodía.

Empecé a tocar las notas base del tema de la película “Misión imposible”. Varios niños, al reconocer la melodía volteaban a ver a sus padres mientras me señalaban a mí, y reían con entusiasmo y felicidad.

Algunos adultos comenzaron a dejar lo que hacían para mirarme y concentrar sus odios a las piezas que emanaban de aquel delgado artilugio, largo y con perillas que mis dedos pisaban con destreza para provocar aquel delgado y sonoro sonido que comenzó a cubrir toda la sala de espera. Algunos de recepción del aeropuerto empezaron a prestar también su atención a este chico que profería sinfonías con su instrumento.

Mientras realizaba esto, vi al padre de la chica que estaba a mi lado también prestando atención a lo que hacía mientras hablaba con una mujer; la cual suponía era su esposa, que tenía a un chiquillo de unos 4 o 5 años de edad en su regazo.

Al terminar de tocar los niños irrumpieron en aplausos. Esto despertó a algunos que dormían y me hizo sentir algo culpable. Algunos voltearon a ver disimuladamente y se volvieron a dormir tapando su cara de la luz que ya empezaba a brotar por las ventanas ahogando toda la sala con su resplandor en vidrios, ventanas, y objetos metálicos encontrados en el lugar. Otros se desperezaban, miraban su reloj y buscaban aquella fuente que los hizo traerlos de vuelta del mundo de los sueños.

Con renovado interés comencé a buscar una melodía nueva, y pensé en el himno de España; y ya que me encontraba en España, esta podría caber muy bien dada la ocasión.

- La siguiente obra va dedicada a Uds. pequeños que nacieron en esta tierra, y que; aunque aún no ven la importancia de un sentimiento nacional, más adelante lo entenderán y lo sentirán como suyo.- Dije a mi pequeño público, o mejor dicho, mi público de pequeños.

Empecé a dar las tonadas de la melodía de España, y algunos adultos se enderezaron en sus sillas con un poco más de curiosidad.

Al finalizar, los aplausos se dejaron oír, pero esta vez, tanto de adultos como niños.

- ¿Dónde aprendiste a tocar de esa manera?- Preguntó la chica, mirándome como si solo estuviera yo en la sala.

- Pues, gran parte ha sido el mismo entusiasmo y determinación de aprender. Otra, estuve unos meses con un familiar que tenía conocimientos de distintos instrumentos de viento.- Respondí recordando a mi primo, que hacía mucho ya había muerto, pero seguía presente en mis memorias.

- ¿Puedes enseñarme?- Preguntó la chica

- Bueno... está un poco difícil. Hoy estaré saliendo de España.

- ¿Y Cuándo volverás? Puedo esperar...- Dijo la chica con un deje de ruego en su voz.

- Ese es el problema... no sé si vuelva.- Me preguntaba en mi interior, si esta era la decisión correcta. Pero estaba determinado.

- Está bien, tengo una canción más que tocar.- Añadí rápidamente para poder cambiar ese momento incomodo.- Esta pieza, sale de lo profundo de mi corazón, y espero les guste.

Esta vez lo dije con un poco más de volumen, hablando tanto a niños como adultos. A todos los presentes que observaban, fuera por curiosidad o entusiasmo.

Puse la flauta una vez más en mis labios, y cerré los ojos. Me perdí por un momento en un éxtasis de recuerdos, emociones y sentimientos encontrados todos en uno. Empecé a dejar

brotar aquella melodía que desgarraba mi alma una vez más, y me estremecía el cuerpo en cada tonada. Esta sensación la podía sentir fuera que yo tocara la pieza, o fuera otro el que la ejecutara. Me inundaba, me anegaba y me hacía sentir como si no hubiera nadie más que yo, me traía olores, sabores, recuerdos y un millón de experiencias a lo largo de mi vida. Esperaba que nunca se terminara, y que simplemente pudiera convertirme en un infinito con ella, recorriendo todo aquello que amaba, y que amo, transportándome a tiempos pasados, presentes y determinando un futuro.

Abrí por un momento los ojos y pude ver personas que grababan con sus teléfonos celulares, otros pocos lloraban. Entre ellos el señor que era padre de la chica a mi lado. No solo era él, yo también lloraba. Lágrimas recorrían mis mejillas y llegaban hasta mi barbilla, cayendo en gotas en mi pantalón y el estuche de mi flauta. Un único sentimiento, pero millares de emociones. Un segundo eterno. Una esperanza entregada a la desesperación. Esto era ser parte de algo... Vivir. Existir. Tener un propósito. Ser alguien. Ser algo. No podía detenerme. No quería detenerme.

Estaba decidido nuevamente. Mi mente solo pensaba en lograrlo. Mi determinación recobró nuevas fuerzas y no podía dejar de lado esto que me impulsaba a seguir. Así el miedo fuera mayor, mi alma y espíritu se alimentaban de esto. Esta música. Esta pasión. Un deseo ardiente, que quemaba mi ser.

Cada nota encerraba un pedazo de mi corazón, y mi alma se desnudaba en la sinfonía, en aquella orquesta de instrumentos que si bien no estaban conmigo en físico, podía sentirlos en mi interior, ellos me acompañaban en mi ejecución, limpia, impecable, y con el mismo fuego que ardía en mí. Yo lo sabía, debía hacerlo.

No había vuelta atrás.

Nací un 5 de febrero 1990, aproximadamente como a las 6:20 de la mañana. Mi pobre madre tuvo que aguantar dolores de parto toda una madrugada. Pero, salí yo, y eso le trajo mucha alegría a su vida, y a la de papá. Nací en un pueblito del estado Yaracuy, pero a la edad aproximada de 5 años y medio, mis padres y yo salimos de allí para mudarnos a Valencia, en el estado Carabobo, un estado vecino donde; decía papá, había mayores oportunidades de trabajo.

- ¿Pero por qué tenemos que irnos papá?

- Entiende hijo, allá podremos vivir mejor. Es una oportunidad de trabajo única. Cuando estés mayorcito lo entenderás mejor.- Contestó papá tratando de hacerme aceptar la decisión ya tomada.- Allá, podrás tener muchas más cosas, y podrás hacer nuevos amigos. Ya verás, es una nueva aventura.

- Pero yo no quiero nuevas aventuras. Yo quiero estar aquí con mis primos. ¿Ellos vendrán con nosotros?

- No por el momento, pero seguro sus padres tomarán las mismas decisiones. Solo ten un poco de paciencia. Ahora, ve a jugar. Luego discutiremos esto, debo hablar con mamá.

Salí de la casa, pero no fui a jugar. Solo me quedé sentado en el porche de tierra y algunos retazos de cemento. Me preguntaba por qué debíamos irnos, no lo entendía para ese momento. Solo era un pequeño niño que quería jugar con aquellos que crecieron y se criaron conmigo. Mientras veía todo el panorama a mí alrededor, trataba de imaginar cómo sería

Valencia. ¿Habría gallinas y perros como aquí en casa? Y las vacas y caballos ¿pastarían y deambularían así como los alrededores de por aquí?

Tenía ganas de ir a la casa de mis primos a contarles lo que sucedía. Quizá, sí podría ser divertido, y ellos quizá le dirían a sus padres que se fueran como nosotros a la ciudad.

Me levanté y sacudí la parte trasera de mi pantaloncito, y entré de nuevo a la casa. Papá hablaba con mamá del por qué debíamos irnos. Decía que era mejor, y era una oportunidad única. Mamá tampoco quería irse.

- ¿No lo ves Enrique? Tendremos que comenzar de nuevo. No creo poder hacer eso. ¿Y si te despiden? ¿Cómo haremos luego? Es un riesgo muy grande y nos estamos jugando nuestra vida.

- Amor, aquí estamos viviendo de una manera muy mala. Cada vez es más difícil conseguir comida, y las deudas que tengo con los hacendados es muy grande. Si vendo la casa y nos vamos podemos tener al menos una oportunidad de cambiar eso.- Decía papá.

Papá era un hombre estudioso, nunca obtuvo un título, pero la curiosidad y las experiencias nuevas eran lo que habían hecho de él alguien de mucho conocimiento. Siempre estaba buscando algo que aprender, fuera ganadería, agricultura, metalurgia, albañilería, etc. Creo que eso fue lo que nos permitió vivir en la ciudad, pues papá podía hacer lo que quisiera. Todo lo que se proponía lograr.

Luego del golpe de estado en el 92', la situación se puso muy difícil. No solo aquí en Yaracuy, sino en todos lados. Había saqueos, y personas hiriendo a otras personas. No lo

notaba, era un niño, pero igual sentíamos como familia la situación que se cernía a nuestro alrededor.

Luego de vender la casa, nos fuimos en un viejo Fiat que le dieron a papá para que lo arreglara, y el hombre nunca más volvió a aparecer para reclamar el auto. Papá siempre decía de él, que era un ángel que vio su necesidad y se hizo pasar por un cliente.

Valencia era un lugar extremadamente nuevo para mí, y adaptarme me fue algo difícil. Pero logré tomar el ritmo. Llegamos un 9 de octubre de 1995, y la zona; si bien no era como Yaracuy, tampoco estaba en una situación tan moderna como esperaba. Bueno, en realidad no sabía bien que imaginar. Era un niño, mi imaginación estaba en cosas muy asombrosas y extravagantes. Nos mudamos a una pequeña casita que alquilaban. Estaba dividida en un cuarto, cocina y un baño, y quedaba en la planta alta de la casa. Vivíamos con otra familia, eran los dueños de la casa. Eran dos personas mayores, tenían una hija de 3 años, de cabellos rizados, color castaño claro. La niña parecía más nieta que hija de la pareja.

- Le agradezco mucho su atención sr. Jiménez. Espero poder ayudarle cuando esté en alguna necesidad.- Dijo papá estrechando la mano en el pórtico de la casa nueva.

- Descuide señor Blanco...

- Dígame Javier.

- Bueno, Javier, mi casa siempre será un lugar que cuide de personas como usted que se encuentran en necesidad. Nunca será una molestia para mí. Pase adelante, y le enseñaré el lugar.

Al entrar, pude sentir la diferencia de casa. Los olores, y la calidez que había dentro de aquella casa que penetraba mis poros. No me refiero a un lugar caluroso, sino que tenía cierto aire de calidez en él.

Mientras que estuvimos allí, papá consiguió trabajo en una empresa que realizaba amortiguadores de carros. Le pagaban lo suficiente para vivir bien, y pagar la renta. Y también ofrecía algunos planes vacacionales a los que participé hasta los 12 años. Luego de un tiempo, papá compró una casa que estaba a una manzana de distancia de la del señor Jiménez. Los niños lo conocían por “Santa”, debido a que en diciembre ofrecía regalos a los niños de por allí cerca, y ayudaba a organizar fiestas en esa época navideña.

Mientras estuvimos alquilados, ya teniendo unos 7 años, comencé a hablar con la niña que vivía allí. Se llamaba Valentina, nombre que me pareció un poco extraño, nunca había oído un nombre así. Al menos a una persona. Conocía el día de “San Valentín”, donde papá le daba flores a mamá, y a veces nos sacaba a pasear, pero no como nombre para una niña.

A los 9 años, algo pasó en nuestro barrio. El señor Jiménez organizó la participación de una mini orquesta, donde participaron algunos músicos que conocíamos puesto que vivían allí. Robert, que tocaba un instrumento que se llamaba “Cello”. Anita tocaba uno muy parecido pero más pequeño, y se lo ponía en su hombro y apoyaba su barbilla en él. Y también estaba uno de mis mayores amigos, y que nos llamábamos primos en base a nuestra gran amistad. Se llamaba Luis, el tocaba instrumentos de viento, jamás lo había escuchado tocar ese en especial, a veces tocaba trompeta, o el saxofón en bandas de jazz y cosas parecidas. Era mucho mayor que yo, pero igual compartía conmigo como si tuviese la misma edad. Ese día en especial comenzó a tocar un instrumento como solista, era plateado y las tonadas que

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

